

**C**reo que a los ciudadanos de a pie hace tiempo que no les hacen falta encuestas para confirmar que el bipartidismo es historia en España.

A mí, particularmente, la aparición de nuevos partidos políticos, con aspiraciones reales de cubrir las expectativas de grandes capas de la sociedad (antes frustradas) me parece una buena noticia, aunque no esté a favor de las ideas de alguno. Por el contrario, los portavoces de los grandes partidos no paran de airear los males del cambio y el fantasma de la inestabilidad. Siguen vendiendo la idea de que España les debe la confianza para cambiar nuestras vidas, pero el discurso suena cada vez más hueco.

El Gobierno y el principal partido de la oposición no salen del reproche continuo y de buscar culpables a problemas viejos. Mientras tanto, los servicios públicos siguen en precario a base de recortes y, por el contrario, no dejan de hacerse masivas inversiones muy discutibles. Me permito recordarles que un kilómetro de AVE sigue costando la friolera de 100 millones euros, que terminarán de amortizar con suerte nuestros biznietos. Somos tan estupendos que hemos conseguido el récord mundial de kilómetros en alta velocidad, pero también el récord europeo de parados. La banca solo empieza a prestar tímidamente y son pocas las propuestas para acabar realmente con el paro estructural, que cada dos décadas alcanza a un cuarto de la población activa. Sus propuestas de regeneración serían creíbles si los aparatos de los gran-

# El fin (necesario) del bipartidismo

**MIGUEL A. LÓPEZ-MORELL**  
PROFESOR DE HISTORIA ECONÓMICA  
DE LA UNIVERSIDAD DE MURCIA



des partidos tuvieran un mínimo de capacidad de regeneración interna o demostraran capacidad de llegar a pactos de Estado. Hasta ahora, lo único que han acordado es una reforma exprés de la constitución, que nos corta de raíz buena parte de las políticas contracíclicas y un pacto antiterrorista que está por confirmar. La educación, la sanidad y los derechos sociales básicos, empezando por el empleo y la vivienda, no parecen dignos de grandes acuerdos. Cuando, en realidad, la mayor parte de las escasas reformas de los últimos años nos han venido impuestas por Europa. Cabe poco espacio para la complacencia.

Pero no hará falta esperar mucho para un cambio radical del escenario político. Las próximas elecciones nos van a traer un puzle que mostrará la verdadera capacidad de negociación de nuestros políticos. Yo mismo llegué a creer en las mayorías necesarias. Pero hoy, la pésima gestión de la crisis y la falta de vo-

luntad para erradicar la corrupción me han convencido de que ninguno de ellos se merece una mayoría absoluta. Unas mayorías que hasta ahora no han atajado con valentía los viejos pecados del país, sino que han servido para levantar vergonzantes muros de silencio y hacer del partido un fin en sí mismo, donde unos casos de corrupción tapan a otros. Y aunque por fin ya algún político indeseable va pisando la cárcel, sigue dando pudor cómo los partidos políticos aplican un doble rasero cuando se habla de los suyos. En este contexto ¡claro que hay políticos y militantes honrados y trabajadores en el PP y el PSOE! Personas capaces, idealistas y con voluntad de servicio. Pero me temo que son menos de los que debieran en los altos puestos de responsabilidad.

Se acerca, en definitiva, una catarsis necesaria para la clase política española en general y murciana en particular, que permitirá

librar a las instituciones del control por los aparatos del PP o del PSOE, para centrarse en las necesidades reales de la sociedad y menos en los acuerdos internos de los partidos o sus cuitas internas. Aunque no lo crean ahora, a la larga será una buena pedagogía para esos partidos, que recuperarán sus raíces y su auténtica vocación.

Ha llegado el momento de enfrentar reformas. Un cambio sensato que no puede esperar más y que empieza por liberar a las instituciones de las inercias de los partidos y centrarlas en los problemas reales de las personas: educación, empleo de calidad y más esfuerzo en los servicios públicos, menos monopolios y más peso de para el interés general. Bienestar y futuro, que es lo que todos deseamos para nuestros hijos. Y eso pasa por demostrar que podemos ser más competitivos por ser mejores y más productivos, no porque nos bajen el salario. Devolver, en definitiva, a los españoles una década perdida de nuestra historia.

De aquí a mayo y después en noviembre nos bombardearán con el soniquete de que nada de esto es posible. O nos lo prometerán sin sonrojo, tras dos gobiernos fallidos de promesas incumplidas y mayorías desperdiciadas.

Y a Vd., lector con voto indeciso, pero al que le duele España como el que más, tan solo le pido que, en el silencio de su intimidad y su libertad personal, no olvide un importante detalle: el voto es secreto y la decisión, finalmente, será solo suya.